

En esta oportunidad presentamos en *Página Abierta*,
la nota escrita por el académico Gabriel Matthey.

UNIVERSIDAD DE CHILE: UNA ESCUELA PARA APRENDER A VIVIR EN CHILE

Junto con el desarrollo de las capacidades individuales, uno de los principales objetivos de la educación es aprender a vivir y a convivir en el mundo que nos rodea. La persona que entienda esto, comprenderá que la educación es una actividad de toda la vida y que sólo es posible si está unida a la autoeducación. En otras palabras, todos podemos enseñar y aprender mientras estemos vivos. Todos podemos ser maestros y discípulos a la vez, mientras tengamos ganas de crecer. De allí que la soberbia intelectual sea más bien un producto de la ignorancia, del egoísmo, de la inseguridad y pobreza espiritual que afecta a algunas personas.

La educación y la autoeducación empieza en cada uno de nosotros desde que ingresamos a este mundo, en el momento de nacer, aunque se sabe que ya en el vientre de la madre se reciben muchos estímulos que influyen en nuestra formación y comportamiento posterior. Asimismo, la educación y la autoeducación terminan el día en que dejamos este mundo. Quien piense que ello ocurre antes, a una determinada edad, pues a esa edad empezará a estar más muerto que vivo, perdiéndose la oportunidad de seguir creciendo y

asombrándose con el mundo que lo rodea, el cual, ciertamente, está en constante cambio. Un claro síntoma de esta "muerte prematura", ocurre cuando la persona empieza a sentirse víctima de la rutina y del aburrimiento.

La educación no es cosa solamente del colegio, del liceo, de la universidad o del instituto. La educación, en gran medida, la recibimos fuera de las instituciones formales, a través de todas las interacciones que diariamente tenemos con nuestro medio ambiente. Existen miles de señales, estímulos y mensajes directos o subliminales que constantemente estamos recibiendo y emitiendo. El paisaje natural o urbano, la arquitectura, la sociedad, los medios de comunicación, la tecnología, la política, las manifestaciones artísticas, etc., son algunos de los tantos agentes que constantemente están influyendo en nosotros. De allí que la principal Universidad sea, simplemente, la Universidad de la Vida.

El problema surge cuando las instituciones de educación formal pierden el vínculo con el medio externo y se transforman en espacios cerrados que, en vez de enseñar a vivir, se constitu-

yen en verdaderos centros de adiestramiento, donde a los estudiantes se les castra en la mayoría de sus capacidades y sólo se les entrega, casi mecánicamente, una serie de técnicas a modo de mera instrucción. Este divorcio con el medio externo, y por lo tanto con una parte importante de la vida de cada uno, es causa de una tremenda contradicción que naturalmente desmotiva a cualquiera. No obstante, la mayoría de las personas cede prematuramente y se somete al adiestramiento, renunciando con ello a la educación y a la autoeducación, es decir, al desarrollo de muchas de sus potencialidades, sustituyendo su vida por una suerte de sobrevivencia.

Un principio fundamental en el proceso formativo es "saber aprender al enseñar". Sólo así la interacción entre el profesor y el alumno es vital y estimulante para ambos. Sólo así la educación (y autoeducación) tiene sentido y se ubica por sobre la instrucción y el adiestramiento. Sólo así la docencia se convierte en un espacio de investigación, en una aventura creadora, en una instancia donde las ideas, los conocimientos, las dudas y la propia ignorancia están constantemente fluyendo, retroalimentando y renovando el patrimonio universitario. (El progreso del conocimiento sólo es posible cuando existen más preguntas que respuestas: las nuevas dudas son causa de nuevos conocimientos). Y si ello no ocurre así, lo más probable es que se trate de una suerte de dictadura o dogmatismo intelectual, donde en vez de formar personas se tiende a uniformarlas (moldes estandarizados) y a reprimirles sus potencialidades. En tales circunstancias, claro está, se genera un ambiente de conformismo, acostumbramiento, inercia, temor a los cambios y al mundo exterior; vale decir, en nuestro caso,

temor a Chile (por decir lo menos).

Ahora bien, si se asume que la educación y la autoeducación están en estrecha relación, ello conlleva a asumir que el medio es tan importante como uno mismo en el proceso de formación y crecimiento personal. Si uno es parte interesada, uno debe ser responsable y activo en el proceso formativo. Y esto no se refiere sólo a los alumnos, sino también a los académicos y, en general, a cualquier persona que tenga vivo su espíritu de superación y sus deseos de crecer y vivir. Aquí se apela entonces a la dimensión social tan propia del ser humano, donde la participación e interacción entre las personas, instituciones, organismos y medio ambiente en general, son claves fundamentales para el desarrollo individual y colectivo.

Pero si se trata de aprender a vivir y a convivir en el mundo que nos rodea, naturalmente que hay que partir por conocer y saber ubicarse en el entorno más inmediato; es decir, en el barrio, la región y el país donde uno está. Y es aquí donde empiezan a surgir las preguntas: ¿Qué tanto conocemos a nuestra región? ¿Qué tanto conocemos a Chile? ¿Qué tanto sabemos de la diversidad cultural de nuestro país; del norte, del sur, de Chiloé, de la Patagonia o de los pueblos indígenas? ¿Cuánto nos ha enseñado la Universidad de Chile para aprender a vivir en Chile? ¿Qué relación existe hoy entre el Universo Chileno y la Universidad de Chile?

Resulta que en Chile existe una preocupante ignorancia sobre lo propio. No conocemos nuestra historia, no conocemos nuestra geografía, no (re)conocemos nuestra cultura. Y esto es muy fácil de comprobar en cualquier parte y en cualquier momento. Basta con hacer preguntas al azar para dar-

se cuenta de que en realidad vivimos en un estado de conciencia semidormida, como en una especie de limbo. En general sabemos más de otros países que del nuestro y somos muy buenos para copiar, ciegamente, todo lo de afuera. Es increíble, pero han pasado 500 años y aún nos comportamos como una colonia. Y ocurre que para poder vivir bien en un lugar, es fundamental quererlo y, para ello, conocerlo (no se puede querer lo que no se conoce). Es indispensable saber cuáles son sus virtudes y sus limitaciones, sus riquezas y pobreza, sus problemas y posibles soluciones, su historia, su patrimonio, sus costumbres, su infraestructura y tanto más. De lo contrario, no se puede tener la visión y conciencia necesaria para saber lo que conviene y lo que no conviene hacer, lo que falta y lo que sobra, lo que hay que construir, lo que hay que conservar, lo que hay que modificar, lo que hay que investigar, etc.

Pues bien, aunque actualmente vivimos en un mundo cada día más globalizado, los países en sí mismo constituyen un "universo" con sus propias leyes de comportamiento. Y son justamente las universidades las primeras en ser llamadas a conocer este universo y sus leyes. En especial nuestra Universidad de Chile, la cual, como su nombre lo indica, debiera tener una estrecha vinculación y compromiso con el «Universo Chileno». No obstante, hoy en día en general las universidades chilenas tienen una escasa presencia en el medio, donde todo parece estar girando en torno a las leyes del mercado, como si el mundo entero fuera sólo eso: "un gran mercado y una gran masa de consumo".

Frente a esto, entonces, es urgente redescubrir nuestro país, con todas sus bellezas y riquezas, con toda su diver-

sidad cultural, con toda la humanidad que se esconde entre nosotros. Sólo así podremos volver a querer lo propio; sólo así podremos recuperar nuestra identidad, nuestro sentido de pertenencia, nuestra autoestima y compromiso con Chile. Y no se trata de reivindicar una suerte de nacionalismo, pues, en la «aldea global» en que hoy vivimos, ello resultaría anacrónico. Más bien se trata de recordar la recomendación de León Tolstoi: "Escribe sobre tu aldea y serás universal". Más claro imposible: resulta que en Chile poco o nada sabemos de nuestra aldea y, por lo tanto, en estas condiciones poco o nada podemos saber de la cultura universal.

Ignorarse a sí mismo, es trabajar sin destino, es tal vez una de las peores pestes que puede afectar a un pueblo. No nos dejemos invadir por ella. Descubramos y vivamos las leyes de nuestro Universo, educando y autoeducándonos; hagamos universidad y proyectemos el espíritu universitario. Hay que trabajar por recuperar la cohesión y la mística universitaria, el sentido de cuerpo, la presencia en la sociedad. Hay que trabajar por que la Universidad de Chile y, en general, las universidades chilenas sean poderosas escuelas para aprender a vivir en Chile y el Mundo. Hay que trabajar por que las universidades sean fuentes de nuevas ideas que ayuden a iluminar nuestro rumbo. Es urgente que las universidades chilenas se reencuentren y comprometan con la comunidad a la cual pertenecen. ¡Todos somos protagonistas!

Gabriel Matthey Correa
División de Recursos Hídricos y Medio Ambiente;
Depto. de Ingeniería Civil